



Arquitectura desde el desastre

Gregorio B. Mendoza

Fotografía: Cortesía Pritzker Prize

Shigeru Ban nació en Tokio, Japón en 1957. Formado como arquitecto en la Cooper Union de Nueva York en Estados Unidos, estableció su estudio en Tokio en 1985. Es un arquitecto absolutamente atípico para los tiempos actuales, no es un rockstar, se mantiene trabajando a pesar de sus logros o reconocimientos que le siguen llegando de todas partes del mundo. Su compromiso se mantiene intacto: lograr que en algún momento la

arquitectura no sea un lujo exclusivo para unos cuantos sino un bien universal al que absolutamente todos tengamos posibilidades y derechos reales de acceder a él.

COMPROMISOS MAYORES

Este año, Shigeru Ban ha sido laureado con el Premio Pritzker, reconocimiento que ha sido equiparado en el rubro de la arquitectura con el Premio Nobel. Lo que parecería haberlo puesto en los cuernos de la luna, lo ha llevado a refrendar un compromiso personal que ha trastocado su campo de acción profesional: su trabajo tiene como punto principal atender la fragilidad de la vida humana ante la emer-

gencia y las situaciones de desastre. Ha dicho en innumerables ocasiones que los arquitectos pueden ser útiles a mucha gente, no solo para quienes cuentan con recursos, y lo ha demostrado.

El arquitecto japonés se ha hecho merecedor de la prestigiosa condecoración por toda una trayectoria consolidada a fuego lento a lo largo de casi tres décadas. Sin premuras y sin protagonismos ansiosos, Ban se ha unido a la selecta lista de nombres que se han inmortalizado al dejar su legado en la historia reciente de la arquitectura contemporánea; la ocasión marca sin embargo una significativa diferencia en las razones para reconocer su producción arquitectónica, la cual



representa mucho más que derroches formales, espectáculo e impacto mediático a nivel global.

A Shigeru Ban, se le valida con justicia su vocación y visionario compromiso personal por direccionar su trabajo hacia un par de factores de relevancia primordial: la vocación social, el servicio público de la arquitectura y el pragmatismo irrefutable que no marca distancia alguna con la estética espacial cuando de emergencia se trata. El jurado ha reconocido en su trabajo -que incluye casas habitación, iglesias, albergues para damnificados, residencias, edificios culturales, y muchos más- la capacidad de entender la realidad y la contingencia humanitaria como posibilidades únicas de innovar o crear en beneficio de la comunidad pero también sus cualidades para inspirar a las nuevas generaciones, para abrir puertas alternas, escenarios de la expectativa que esbozan un perfil

diferente al del arquitecto estereotipado (endogámico, impositivo y con dotes de estrella de rock).

Ante la realidad que ha caracterizado los primeros años de este siglo, lleno de convulsiones económicas, sociales y políticas que influyen directa o indirectamente a la arquitectura y sus creadores, Shigeru Ban representa el aterrizaje obligado de las condecoraciones gremiales que por serias no pueden

mantenerse más al margen de todos los fenómenos que acontecen en el mundo. En la figura de su trabajo se ha premiado a la congruencia pero también se envía un mensaje que exige voltear la mirada hacia los puntos de atención que el universo arquitectónico ha dejado de contemplar.

Los retos que hoy enfrenta la arquitectura -debe quedar claro- ya no son más, los que la llevan al límite de la



ingeniería o los que prometen futuros cinematográficos a partir del uso omnipotente de la más avanzada tecnología. Los retos de la arquitectura en gran medida se concentran en la gente, en democratizar su impacto benéfico y en generar ciudades o edificios capaces de detonar tejidos comunitarios que garanticen una mejor calidad de vida para sus habitantes.

De este modo, el jurado integrado por Peter Palumbo (Presidente), Alejandro Aravena, Stephen Breyer, Yung Ho Chang, Kristin Feireiss, Glenn Murcutt, Juhani Pallasmaa y Ratan N. Tata, invita a acercarnos al trabajo del arquitecto nipón no cómo un canon de vanguardia al que deba seguirse dogmáticamente, sino como método de análisis para consolidar un cambio gradual en la práctica arquitectónica donde la

imaginación y el talento son herramientas elementales para actuar con eficacia en cualquier nivel y bajo las circunstancias más dispares.

Los escenarios donde la arquitectura de Shigeru Ban ha logrado realizarse con éxito son diversos, ha trabajado para instituciones, fundaciones, clientes privados, marcas globales y más... Sin embargo su bandera ha sido la misma desde siempre, llevar la arquitectura al mayor número de personas posibles no sólo a aquellos que ven en este trabajo un medio propagandístico, una extensión de poder o un mecanismo de negocio. "Los menos poderosos y los más pobres también tienen derecho a la arquitectura y el arquitecto -por lo tanto- tiene la obligación de buscar los mecanismos para llevarla a esos territorios", comenta constantemente.

ANTES DEL PREMIO

¿Qué arquitecto querría diseñar la casa de quien no puede pagarle?, esta pregunta ha sido uno de los puntos críticos comunes en Shigeru Ban, quien desde niño sabía que él era la respuesta. Tuvo que esperar hasta sus 37 años para poder atender la oportunidad que siempre deseó: "buscaba la oportunidad de construir en una zona de desastre, algo que me parecía era una especie de reto y deber. Cuando vi las fotos de los refugios que la Organización de las Naciones Unidas (ONU) construía en el conflicto

humanitario de Ruanda en 1994 me di cuenta de lo mal que lo estaban haciendo, los Tutsis se congelaban. Decidí entonces ir a las oficinas de la ONU en Tokio e hice una propuesta. Me dijeron que de eso se encargaban en Ginebra y les escribí. Viajé hasta allí sintiéndome como un vendedor cargando con una tienda de campaña. Ahí les presenté mi propuesta para construir con pedazos (tubos) de papel-cartón y funcionó. Una vez que probaron y vieron beneficios en los cerca de dos millones de refugiados comenzaron a establecerlo como un código específico y un sistema alternativo con el que podían levantar nuevas estructuras, así me contrataron".

De igual forma, tras el terremoto de Kobe en enero de 1995, Ban sentó los parámetros para la construcción de viviendas temporales para situaciones de emergencia en su país: materiales baratos, métodos de construcción sencillos, adecuados aislamientos. El resultado poseía asimismo un interesante valor estético. Construidas con la ayuda de voluntarios en pocas horas, demostraron ser soluciones de suma eficiencia para atender con urgencia las necesidades de cobijo físico y alivio psicológico para decenas de familias.

Ban explica que, durante el proceso de trabajo tras el terremoto de Kobe, observó que el principal problema en la primera fase de una situación de evacuación de emergencia



era la gran cantidad de personas refugiadas acogidas en grandes recintos donde debían compartir su espacio con desconocidos. La posibilidad de poseer un grado de intimidad -observó- era una cuestión crucial para esas personas, desacostumbradas a tener relaciones de proximidad con sus vecinos en su vida cotidiana, y que acababan de sufrir un trauma que aún les hacía más vulnerables. No pudo en ese momento aplicar algo sobre el tema pero más tarde lo lograría.

En el año 2000 con motivo de la Exposición Universal de las Culturas, cuyo tema era el desarrollo sustentable, tuvo a cargo la construcción del pabellón de su país. Contando con el asesoramiento del arquitecto Frei Otto, Shigeru Ban concibió este pabellón como una gran malla tridimensional construida con largos tubos de papel sin uniones que finalmente acabó siendo construida con tubos de veinte metros de longitud que se unieron con empalmes de madera.

El método de construcción estuvo absolutamente vinculado a la forma de la estructura y supuso un profundo trabajo de investigación en el uso novedoso de materiales y técnicas constructivas. Se investigó para lograr un material de cubierta inspirado en los sobres de papel impermeables, obteniendo finalmente un papel ignífugo con un refuerzo de fibra de vidrio y una película laminada de polietileno. El resultado

fue una estructura completamente reciclable que demostraba que su trabajo poseía la cualidad de realizarse en grandes escalas.

Años después estuvo en India haciendo viviendas similares para los afectados por el terremoto que destruyó a Bhuj en India (2001). Su trayectoria, entonces ganó relevancia mundial por su eficacia. Distinguiéndose por esta doble vertiente en la que destacan por igual edificios de carácter público y privado o soluciones arquitectónicas, realizadas altruistamente, destinadas a aliviar las necesidades prácticas y psicológicas de refugio y protección en situaciones como los terremotos de Kobe y Kütahya o el desastre de Fukushima en su propio país.

Sería hasta 2005 cuando logró aplicar por primera vez un sencillo y barato sistema de división en Fukuoka: particiones de cartón que definían un territorio privado entre cada una de las familias refugiadas. La versión aplicada en Fukushima era un sistema compuesto de tres tubos de cartón de diferentes diámetros a la que se añadía una ligera cortina. Sólo era necesario cortar, taladrar y conectar los elementos componentes para obtener cualquier dimensión requerida. Este alarife ha recorrido los continentes construyendo casas confortables con materiales reciclables para los afectados por desastres naturales como nadie lo hizo antes. Él está convencido de que aunque las viviendas solo



sean temporales, "estas personas que han vivido el infierno deben recuperar la comodidad y dignidad de sus hogares".

En 2011 terminó una catedral de cartón en Nueva Zelanda para reemplazar una que había colapsado por un siniestro similar. La estructura debía ser provisional pero gustó tanto que los habitantes la convirtieron en permanente. "Podría pensarse -dice el arquitecto- que las construcciones de papel/cartón no son más que temporales. Pero la temporalidad es relativa, la obra sigue ahí".

CUESTIÓN DE VALORES

Actualmente, le es más complicado mantenerse lejos de los reflectores, tras el prestigiado premio Pritzker vienen una serie de compromisos que reducen el control sobre el trabajo. No sorprende que ante el proceso de celebración natural que prosiguió el anuncio de su distinción sea él, el primero en defender que sus causas y métodos de trabajo se mantendrán intactos, hoy más que nunca serán compromisos inquebrantables. "Mis valores son la modestia y la complejidad para hacer las cosas sencillas", afirma. **C**